

PONCHOS AL VIENTO

LA FRONTERA DEL NORTE HABÍA QUEDADO MUY VULNERABLE DESPUÉS DE LA DERROTA DE SIPE SIPE. PERO LA LLEGADA DE GÜEMES CON SUS JINETES, Y LA GUERRA DE GUERRILLAS, IMPIDIERON EL PASO DE LOS REALISTAS.

EL NIÑO PRISIONERO

Se llamaba Juan Quesada y apenas tenía 14 años cuando los virreinales lo capturaron en la batalla de Sipe Sipe. Como a los otros prisioneros, lo trasladaron a pie hasta Lima (Perú) y en el camino sufrió mucho. En cierto lugar cubierto de nieve, se recostó a dejarse morir, pero lo salvó un paisano que le dio pan, cebollas y vino. Tuvo después una larga vida y llegó a coronel del Ejército argentino.

Nunca se sabía por dónde podían atacar. ¿Por la izquierda? ¿Por la derecha? Aparecían por sorpresa de la espesura del monte, cargando furiosamente sus lanzas contra el enemigo, y volvían a desaparecer. Como jinetes eran los mejores. Y su valentía, una carta de triunfo. Bajo la comandancia

de Güemes, mantuvieron a raya al ejército enemigo, que comandaba el español Joaquín de la Pezuela. No todos eran hombres. Juana Azurduy, por ejemplo, acompañaba en la montonera a su marido, Manuel Padilla. Y a la muerte del esposo se hizo cargo de la tropa. Le otorgaron el grado de teniente coronel y Belgrano le obsequió su

sable. Valiente, luchó hasta el final de la guerra. Otras mujeres colaboraron con las montoneras como espías. Fue el caso de Petrona Arias, quien vestida de hombre cabalgaba de chasqui por las quebradas. O de María Loreto Sánchez, quien se disfrazaba de panadera para espiar en los cuarteles. También hubo curas, como el tucumano

1816

El 7 de agosto de ese año, Belgrano volvió a asumir la jefatura del Ejército del Norte.

Ildefonso Muñecas. Les hizo la vida imposible a los hombres de Pezuela al frente de una montonera. El único militar de carrera que se quedó en el Norte a luchar en la guerrilla fue Ignacio Warnes, quien había formado parte del ejército de Belgrano.

Billiken